

(02048)

La llamada de la selección

La noticia corrió como un reguero de pólvora por Mospintoles. Después de todo, y a pesar de sus casi sesenta mil habitantes, nuestra pequeña ciudad viene a ser tan grande como uno de los distritos de Madrid, la megaurbe a la que el municipio está casi anejado.

La selección nacional sub-19 de la federación española de fútbol había convocado a Piquito, el héroe local, para el minitorneo de clasificación para el Campeonato de Europa 2011, que organiza la UEFA a expensas del dinero que los equipos profesionales invierten en crear o comprar, y promocionar a sus jugadores. O al menos así pensaba López, el presidente del Rayo de Mospintoles, que invertía su dinero para la buena marcha del equipo.

Piquito pasaría a formar parte de aquellos ases que el público vería por la tele. Su debut en la segunda división profesional del fútbol español no había pasado desapercibida para el seleccionador nacional de la categoría.

Mientras el chaval jugó en segunda B los técnicos federativos no se ocuparon de él. Los sub-19 sólo eran ojeados si militaban en los equipos de primera o sus filiales, o si jugaban en segunda A. En el caso de Piquito, que se había echado el equipo a la espalda y estaba realizando una campaña más que brillante, la noticia era esperada, aunque no por ello dejó de ser acogida con júbilo en Mospintoles.

Con celeridad, pero sin precipitación, en esa misma mañana se organizó una rueda de prensa con Piquito como protagonista. En la sociedad anónima deportiva en que se había transformado el Rayo de Mospintoles ya sabían lo que Piquito podía dar de sí con un micrófono delante. Uno de los asesores de imagen de las empresas de López había estado trabajando con el chaval a fin de mejorar su imagen, y con ello, supuestamente, elevar su caché. Pero en lugar de trabajar sólidamente comenzando por los principios se había centrado en liarle con ideas sueltas y generales sobre el comportamiento modélico ante la prensa. (Era don Faustino quien seguía procurando que el chaval tuviera una buena base sobre la que asentar tan mala cabeza, al menos en lo que a cultura se refiere).

Pero la buena nueva había llegado incluso antes de lo que esperaban, así que Piquito no estaba preparado... o al menos no a gusto del asesor de imagen, porque el chaval no acababa de centrarse con todos aquellos apuntes y aforismos soltados inconexamente dos veces por semana.

Piquito compareció ante los medios de comunicación vestido de traje. Después de todo era un deportista, y todos lucen una inmejorable percha. Pero por mucho que avancen las ciencias y la tecnología sigue siendo válido el viejo

adagio: el hábito no hace al monje. Y Piquito iba a demostrar, una vez más, que las prisas no son buenas consejeras.

En el preciso instante en que Piquito tomaba asiento entró en la sala de prensa la teniente de alcalde María Reina. Sonriente, como siempre, se acercó hasta donde se encontraba el chaval. Éste, al verla, se levantó y le tendió la mano. Piquito nunca había estado cerca de ella, y lo cierto es que la dama imponía tanto por su belleza natural como por su porte distinguido.

Ella ofreció su mano al futbolista al tiempo que con la otra le asía de la muñeca, de forma que sin llegar a consumarse el apretón de manos pudo levantarle el brazo derecho como si de un púgil victorioso se tratara. Los flashes se dispararon en ese momento y Piquito, atónito, sólo acertó a dejar caer su mandíbula. Los programas de retoque fotográfico consiguieron que al día siguiente el zagal no apareciera como un botarate.

Algunos fans y amigos del barrio, al fondo de la sala —que habían sido concitados por López para hacer número—, comenzaron a aplaudir entre vítores y bravos. El espectáculo hubiera podido ser tildado de grotesco si alguien hubiera estado al tanto de todas las falsedades que allí se escenificaban. Pero los plumillas, ávidos de hiperbólicos estilos, henchidos y retumbantes, reflejaron en sus crónicas del día siguiente una atronadora ovación.

Finalmente los aplausos y los silbidos cesaron y los protagonistas se acomodaron en sus respectivos asientos. María, en lo que era su primera intervención pública como la candidata oficial a la alcaldía por su partido, tomó la palabra ante el micrófono de la sala de prensa:

—Es un honor para todo Mospintoles que un hijo de esta ciudad sea llamado por la selección española para representar a nuestro país en el torneo de clasificación para la próxima Eurocopa. Estoy convencida de que Jaime Alarcos nos dará muchas tardes de gloria en la selección. Con él irá a Roma el corazón de Mospintoles. Es la primera vez que un mospintoleño disputará un encuentro deportivo a tan alto nivel. Desde el ayuntamiento quiero decir que nos enorgullecemos de que nuestro gran deportista no sólo sea vecino, sino que sea mospintoleño de toda la vida. Don Jaime, por favor, tome usted la palabra.

Piquito miró hacia su izquierda. Allí sólo estaban López y el míster, que desde luego no se llamaba Jaime. Por un momento pensó que era mucha casualidad que López se llamara como él. Y ahora que lo pensaba, no había sabido hasta hoy que el nombre de López fuera Jaime. Piquito echó para atrás su silla y en ese momento los aplausos de los hinchas volvieron a restallar en la sala de prensa. Pero López, lejos de tomar la palabra, le miraba y, sonriente, le aplaudía a su vez, al igual que el míster.

Sin saber cómo se encontró de pie... ¡Don Jaime era él...! La mente de Piquito, rápida y aguda en otras situaciones, se quedó anclada en la jugada anterior. Quería recrearse en las palabras de la edil: ¡don Jaime le había llamado!

Los aplausos salvaron aquella indecisión de Piquito. Sin ellos las vacilaciones del mozo hubieran quedado de manifiesto. Pero el clamor de los hinchas le permitió ganar un tiempo. El asesor de imagen, que se había ubicado entre los periodistas acreditados, frente al estrado, le había explicado cientos de veces que hablara con pausa, con sosiego, que en una rueda de prensa él era quien marcaba el tempo... ¿Tempo?, ¡qué estupidez llamar tempo al tiempo! Cosas de los tirillas de traje, pensaba Piquito.

Al pensar esto recordó que él ahora vestía un traje de los caros de verdad, y se alisó la americana. Los vítores habían cesado hacía unos segundos y Piquito comenzó a recitar el guión con que le habían aleccionado minutos antes.
—Ehh... Pues sí, estoy muy contento de que me haya llamado el seleccionador nacional para defender a España contra los italianos —dijo Piquito sonriente.

Y buscó la aprobación del asesor de imagen, quien ahora estaba serio y con los ojos bien abiertos. Algo iba mal. Piquito había dicho alguna inconveniencia. El muchacho se azoró un tanto. Pero recordó lo que le había dicho el asesor de imagen en cierta ocasión: “si te atascas y se te olvida lo que debes decir, sé tú mismo; mientras tengas clara la idea que debes trasladar, lo podrás decir con tus palabras”.

Y eso hizo Piquito:

—*Asín qu'espero que to' me vaya fenomenal y seamo' campeone'.*
—Piquito, ¿no crees que es algo pronto para pensar en el título?
—*Pueh no.*

Piquito trataba de transmitir ilusión, que es la impresión que le dijeron que debía dar, y para él ilusión era sinónimo de ganar.
—*Ehpaña como loh mejore... y noj va a ir fenomenal.*

López se llevó la mano a la frente, y deslizó los dedos de un lado a otro. Miró al asesor de imagen. Éste ahora estaba boquiabierto. Cruzaron las miradas, y un gesto de interrogación se dibujó en su cara. López respondió con otro de resignación.

Los titulares del día siguiente fueron indulgentes y reflejaron la garra de Piquito. La fe en sí mismo que tenía este gran futbolista hizo que exhortara a la victoria ya desde antes de su llega al combinado nacional. Era todo un carisma...

<http://www.mospintoles.com/>

Lo que no pudo evitarse fue la imagen que el chaval dio a través del canal local de televisión, que retransmitía en directo, pero sus convecinos le perdonaban todo con tal de que siguiera metiendo goles.